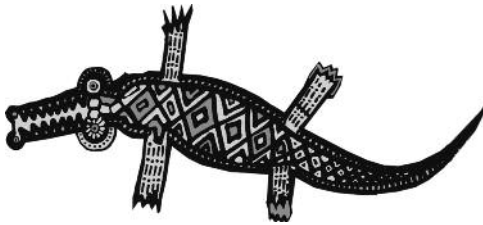


La Canción del Perro

[Un caso del teniente Kramer y el sargento Zondi]



Primera edición en REINO DE CORDELIA, mayo de 2012

Título original, *The Song Dog* (1991)

[Basada en la publicada en 1993 por Faber and Faber, London]

Edita: Reino de Cordelia

www.reinodecordelia.es

Derechos exclusivos de esta edición en lengua española

© Reino de Cordelia, S.L.

Avd. Alberto Alcocer, 46 - 3º B

28016 Madrid

© James McClure, 1992

Traducción: © Susana Carral, 2012

Ilustración de cubierta: © Gala Fernández, 2012

ISBN: 978-84-939974-2-7

Depósito legal: M-12911-2012

Diseño: Jesús Egido

Maquetación: Jesús Egido

Corrección de pruebas: Pepa Rebollo

Imprime: Orymu

Impreso de la Unión Europea

Printed in E. U.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

La Canción del Perro

[Un caso del teniente Kramer y el sargento Zondi]

James McClure

Traducción de Susana Carral



Índice

Prólogo 9

1 17

2 27

3 37

4 47

5 57

6 69

7 83

8 93

9 103

10 117

11 127

12 139

13 149

14 161

15 171

16 183

17 193

18	203
19	213
20	223
21	235
22	247
23	255
24	267
25	277
26	287
27	299
28	311
29	321
30	331
31	339
32	349
33	359
34	369
35	379
36	393

Prólogo

PERIODISTA Y ESCRITOR SUDAFRICANO fallecido prematuramente a los 66 años de edad, la obra de James McClure (Johannesburgo, 1939 - Oxford, Inglaterra, 2006) ha ido ganando con el tiempo, acreditando hoy una calidad reconocida universalmente.

Y, sin embargo, apenas ha sido publicada en España. De las ocho novelas que componen el ciclo protagonizado por el teniente Tromp Kramer y el sargento Mickey Zondi, de la Brigada de Homicidios y Robos de Trekkersburgo, únicamente tres han sido traducidas al español —*The Steam Pig* [*El cerdo de vapor*] (1971), *The Caterpillar Cop* [*El leopardo de la medianoche*] (1972) y *The Artful Egg* [*El huevo con truco*] (1984)— y la primera y la última ya han sido descatalogadas.

Muy alejado de los fríos nórdicos que animan la moda de la novela policíaca actual, el traductor Ramón García lo ha definido como “el último gran *hard-boiler*”, el último gran autor de novela negra. Pero si algo caracteriza a McClure, aparte de eso, de su compromiso con la novela criminal más crítica, es la riqueza

za de matices de su literatura, que lo convierte en un escritor inclasificable.

Paco Ignacio Taibo II, que lo conoció y editó, escribió que “pocas novelas de tema criminal pueden compararse con las del sudafricano James McClure. Cuando parece que está estableciendo un marco para una tradicional novela enigma, rompe el esquema y nos encontramos ante un autor que bordea el surrealismo, cuando creemos que estamos ante un narrador de literatura de «procedimiento criminal», rompe el esquema y nos coloca ante una novela sociológica de riquísimas raíces; cuando creemos que estamos leyendo una literatura criminal hiperrealista, McClure desata el humor y nos envuelve. ¿Cómo llamarlo? No sé, pero sin duda se trata de algo nuevo y evidentemente brillante”.

Observador profundo y obsesivo de la realidad social sudafricana durante la época del *apartheid*, McClure rompe con muchos de los esquemas del género y demuestra que todavía hay un gran espacio de investigación literaria para la narrativa policíaca. Su ironía, potencia narrativa y capacidad para reflejar sin concesiones la podredumbre de la sociedad racista y violenta de su país le condujeron al exilio en Inglaterra, pero ofrecieron a los lectores un puñado de novelas prodigiosas, de esas que atrapan de tal modo que uno desearía que nunca acabasen.

De la serie de Kramer y Zondi permanecen inéditas en español *The Gooseberry Fool* (1974), *Snake* (1975), *The Sunday Hangman* (1977), *The Blood of an Englishman* (1980) y esta, *La canción del perro* (1991), que es la última y al mismo tiempo la primera no por una paradoja bíblica, sino porque publicada más tarde que todas las demás relata el episodio en el que el duro y *afrikáner* policía Kramer conoce al sagaz y humilde Zondi,

que enseguida se convertirá en su sargento cafre, en su compañero indispensable para indagar en las cocinas de las grandes casas propiedad de los potentados ingleses y en las orillas y alcantarillas de una sociedad brutal y racista por la que de vez en cuando cruza de refilón la sombra de Nelson Mandela.

El 28 de junio de 2006, el diplomático británico David Mathieson escribía en el obituario publicado en *El País*: “Con James McClure siempre hubo una paradoja entre el escritor y la persona. Era un maestro de la novela negra, tratando el lado más oscuro del ser humano, porque, como él comentaba, «el crimen te dice mucho acerca de una sociedad». Sin embargo como persona era un conversador muy divertido, muy abierto y risueño. Combinaba el agudo poder de observación de un periodista con el amor del novelista por lo absurdo y lo irónico. Esa combinación le convirtió en un gran fabulador, con una base de valores muy sólidos”.

“Un gran narrador, un enorme y sutil narrador”, afirmaba el traductor Ramón García tras conocer la muerte de McClure. Y como muestra de todo ello, sólo hay que pasar unas páginas para comenzar a disfrutar de *La canción del perro*, magníficamente traducida al español por Susana Carral. Produce un placer doble poder leerla y editarla.

El Editor

La Canción del Perro

[Un caso del teniente Kramer y el sargento Zondi]



Para Don Wall

I

FUE RÁPIDA COMO UN GATO dando el golpe y el mosquito tiñó su muslo de rojo.

—Te ha dejado seca —murmuró él—. Mira cuánta sangre.

—Esa sangre no es mía —contestó ella, apartando al insecto muerto—. ¡Ni siquiera le di la oportunidad de picarme! Debe de ser tuya.

—Imposible. Lo habría notado.

Estaban tumbados sobre el colchón sin sábanas. Uno junto al otro, sin tocarse. Para alivio de él: hacía calor y sudaba a chorros.

—¡Uf! —exclamó ella, y los dos se rieron antes de quedar de nuevo en silencio.

Afuera croaban las ranas de los manglares, un cocodrilo se deslizó indolente hacia el estuario y dos búhos ulularon, uno agudo y otro grave.

Sí, él tenía calor, le hervía la sangre, pero se sentía como nunca. Mejor aún: era capaz de concentrarse en sus pensamien-

tos ahora que ella ya no llenaba su mente de voluptuosos interrogantes; ahora que ya conocía el tacto de todas y cada una de las partes de su cuerpo, y que ya sabía cómo gritaba al correrse. Aquel grito ronco lo había hecho correrse a él también, en el mismo instante que ella, y estaba deseando volver a escucharlo después de descansar un rato.

La vela, que se estaba quedando sin mecha, empezó a parpadear, contagiando su temblor a las sombras que proyectaba. Algunas eran alargadas y acechaban en las paredes sin pintar de la habitación, otras se alejaban subrepticamente por el suelo de madera para ocultarse en los rincones desordenados, donde se apilaban aparejos de pesca y ropa sucia. Al poco, incluso el techo de juncos parecía moverse inquieto, parecía ondular bajo aquella luz oscilante.

El hombre empezó a repasar los hechos más recientes asombrado, aunque capaz de tomar distancia, por lo inesperadamente que había sucumbido a una tentación a la que llevaba cinco años resistiendo con fervor, desde que la había conocido. Una tentación tan fuerte que al final sólo las palabras de una negra loca habían tenido la posibilidad de alejarlo del abismo, de lo que él temía acabaría siendo su condenación eterna. “Cuidado, Isipikili, con la punta de lanza de tus venas y con dónde la metes. Cuidado, Isipikili, porque las canciones que oigo son de muerte, y mi viejo corazón llora”. “Pero, madre grande —había contestado él—, todas mis canciones son de muerte, así que ¿qué quieres decir con eso?”, y sintió miedo cuando ella se negó a contestar.

Se incorporó apoyado en un codo.

—¿Y de quién es la sangre? —preguntó, mirando de nuevo el intenso borrón que había dejado el mosquito.

Ella se encogió de hombros, los ojos cerrados.

—Oye —insistió él—, un mosquito que ha chupado tanta sangre no vuela lejos, está demasiado lleno.

—¿Y tú cómo lo sabes?

—Es pura lógica. ¿De dónde habrá sacado tanta sangre?

—¿Tanta te parece?

—Míralo tú misma.

Abrió los ojos lánguidamente.

—No deberías fruncir el ceño de esa forma —le regañó—. Se te juntan las cejas y no estás tan guapo. —Le rozó la frente con un dedo.

—¿Estás segura de que tu maldito cocinero no sigue aquí? ¿Estás segura de que no hay nadie?

—¿Cuántas veces quieres que te lo diga? —contestó ella— Ya te he dicho que le di la noche libre y se fue a beber con su tío. No volverá antes de que rompa el día, y eso como muy pronto.

Él se giró para mirar a la ventana con los postigos cerrados.

—Ese mosquito tiene que haber venido de algún sitio cercano —insistió—. Ya sé, ¿y los furtivos?

—¡No lo verán tus ojos! —contestó ella, y se rió— Ningún furtivo se acerca a menos de diez millas de esta casa, ningún cafre en su sano juicio se atrevería. Ya-sabes-quién tiene la reputación que tiene.

Eso lo hizo mirar con furia el cardenal que resaltaba en el hombro derecho de la mujer: una magulladura grande y morada en la que claramente se veía la marca de tres nudillos. Antes aquella muestra de violencia brutal le había parecido excitante, pero ahora le preocupaba.

—Vamos, ¿a qué viene esa cara? —preguntó, cogiendo la mano de él y acariciando con ella su pezón derecho— ¿Ves lo

rápido que se alegra de verte? —Ahuecó la mano de él sobre el otro pecho y lo apretó.— Sí, me gusta —gruñó—, pero aprieta más. ¡Más fuerte!

Él dejó la mano sin fuerza y volvió a mirar el muslo de la mujer.

—Lo lógico —insistió— es que un mosquito tan lleno como ese quisiera quedarse tranquilo en algún lugar para hacer la digestión.

—¿Y qué? Tal vez pensó que eso era lo que estaba haciendo al aterrizar sobre mí, pero yo fui demasiado...

—Pero ¿de dónde viene tan lleno?

—¡Dios mío! —exclamó, apartando la mano de él— ¿Qué te pasa? Nunca creí que te portarías como si tuvieras remordimientos.

—Son gajes del oficio.

—¡Eso sí que me lo creo!

—No, yo me refería a lo de estar siempre en guardia...

—Calla un momento —dijo ella.

Alargó la mano para coger sus cigarrillos, que estaban sobre una caja naranja junto a la cama, encendió uno y dio una calada con ganas. El humo salió lentamente de su nariz, lo que hizo que él dirigiera su atención a las gotitas de sudor que se formaban sobre el labio de ella, y al lunar que tenía a la derecha. Desde tan cerca se veía que no era más que una peca algo grande de la que salían dos pelos diminutos, pero por algún motivo seguía excitándolo; y también le gustaba lamer la imperfección de su ombligo algo saliente, como el nudo que cierra un globo rosa.

Siguiendo un impulso repentino volvió a rozarlo con la lengua.

—No te detengas —dijo ella, mientras su mano libre se ocupaba de retener allí la cabeza de él—, y acaríciame. Acaríciame como lo hiciste al principio...

Empezó de cara a la mancha de sangre que se oscurecía sobre la sorprendente lividez de su muslo, más allá de su monte de Venus elevado y rojizo; una mancha tan viva como una salpicadura en los azulejos blancos de una sala de autopsias. Cerró los ojos y acarició con más ligereza. Su mano rozó apenas su pecho y continuó hacia abajo, suavemente, siguiendo sus curvas y luego a lo largo de su costado, para detenerse sólo cuando llegó a la áspera piel de sus rodillas. Retrocedió. Volvió a bajar.

—Más —pidió la joven, apagando el cigarrillo en la caja naranja—. Más...

No era necesario. El movimiento de su insistente cadera le había provocado una erección y una fuerte sensación de mareo volvía a apoderarse de él. Sabía que pronto se daría la vuelta, la montaría en busca de ese momento exultante de liberación que sería tan repentino —como cuando cede un gatillo que se ha quedado agarrotado—, y la vería arquearse, gritar y luego desplomarse, un peso muerto debajo de él.

Ella se removió y abrió las piernas.

—¿Ya? —susurró.

—Espera —contestó él con otro susurro, mientras su mano la acariciaba tan ligera como una pluma, cada vez más rápido.

Esperó. Le temblaba todo el cuerpo.

—¡Ahora! —dijo él, dándose la vuelta para arrodillarse entre el abrazo de sus caderas, de espaldas a la ventana— Rápido, cógela y...

Se había oído una tos justo detrás de él.

—Un cocodrilo —dijo ella enseguida, aferrándose a él y haciendo que se sintiera ridículo: una sartén agarrada por el mango—. No es más que un cocodrilo. A veces hacen esos ruidos.

Se separó de ella y se sentó.

—¿Un cocodrilo? —preguntó, como si la palabra le resultase totalmente desconocida.

—Sí, ya sabes, a veces les gusta subir hasta aquí y descansar en el hueco que hay bajo la casa.

Intentaba atraerlo de nuevo hacia ella.

“El espacio que queda bajo el suelo a duras penas puede llamarse hueco”, pensó él, que se había fijado antes, cuando cruzaba las dunas.

—Oye —dijo con una voz tan baja que casi no se oía—, en esta casa hay ceniceros por todas partes. ¿También fuma Yasabes-quién? ¿Fuma?

Asintió.

—Sí, pero no tiene...

—¿Cuántos? —musitó— ¿Cuántos al día? ¿Muchos?

—Sí, bastantes. Unos treinta o cuarenta. Pero...

—¡Calla! —le dijo— Guarda un silencio absoluto y no te muevas.

—¡Esto es demasiado!

Pero se quedó quieta, aparte del ligero movimiento de su pie derecho. Él escuchó con atención. Se preguntó si debería intentar coger su revólver, que estaba en la pistolera junto a su ropa bien ordenada y con los calzoncillos arriba de todo por si tenía que salir corriendo. La luz de la vela se atenuó aún más y luego llameó sus últimos estertores. Estaba muy, muy excitado.

—Bueno, por lo menos hay *alguien* que se interesa aún —murmuró con un suspiro, mientras se apoderaba de su erección y empezaba a acariciar con el pulgar su punta resbaladiza.

Se daba cuenta de que ella también estaba cada vez más excitada. Había una mirada extraña en sus ojos, una mirada fija

e intensa como la de una serpiente. Se contrajo frente a la suavidad de su palma.

—Ya iba siendo hora de que dejaras de imaginarte cosas —dijo ella, su pulgar cada vez más atareado— ¿De verdad crees que hace diez minutos alguno de nosotros iba a darse cuenta de que un mosquito le picaba? ¡Por Dios, si debió de pensar que había aterrizado en un toro mecánico! ¡Yo al menos lo pensé!

Soltó una carcajada muy fuerte, asombrado de que una mujer tan joven tuviese unos pensamientos tan maravillosamente lascivos.

—No está mal para mi edad ¿eh? —observó cogiéndola de la mano—, pero no olvides que eso no fue más que el principio.

—Ah ¿sí? —dijo mientras se alzaba hacia él.

La segunda tos surgió justo debajo de ellos; una tos de pecho, brusca.

A ella se le puso la carne de gallina. Se le puso la carne de gallina alrededor de la sangre emborronada en la cara interna de su muslo derecho, y él vio cómo ocurría.

—¡Oh, no! —exclamó la joven— ¡Vaya gatillazo!

—¡Cállate!

Se le escapó la risa floja.

—¡Se murió de repente! —farfulló— ¡Me miraba fijamente y en un segundo...!

La golpeó, frenético por evitar que siguiera haciendo ruido, y lo hizo tal vez un poco demasiado fuerte con el canto de la mano, como le ocurría de vez en cuando.

—¿Estás bien? —le preguntó.

No dijo nada, pero sus ojos azules se abrieron mucho.

—Podríamos correr peligro —insistió bajando aún más la voz—. Deja de hacer el tonto.

Los ojos azules ni siquiera pestañeaban.

—¡Maldita sea! —exclamó— Una broma es una broma, ¿vale? Coge mi pistola y pásamela, tú estás más cerca.

Una extraña sensación de calor envolvió sus rodillas. Bajó la vista: la vejiga de la joven se vaciaba. Retrocediendo con violencia, aterrizó de pie junto a la cama con un golpe sordo.

Tos.

Los dos búhos ulularon, uno agudo y otro grave.

—¡Cabrón! —explotó, a la vez cogiendo el revólver— ¡Cabrón! ¡Me las pagarás! ¡Iré a por ti!

Y sin pensar ni preocuparse, como un loco, lanzó a un lado la pistolera vacía y salió corriendo de la habitación, completamente desnudo. Se golpeó con varias sillas, derribó una mesa y, con el hombro por delante, atravesó la mosquitera de la puerta principal para luego saltar desenfrenado del porche al suelo.

Aterrizó mal y cayó despatarrado boca abajo, con la mano izquierda sobre la puntera de una bota de pescar.

Gimió.

Sólo una vez —nunca antes se había sentido tan vulnerable— y se quedó quieto.

Aquella espera por algo que no era capaz de imaginar se le hizo interminable. Aquella forma tan cobarde de arrastrarse en el barro mugriento y apestoso del estuario. Hasta que de repente algo viscoso se deslizó sobre su pantorrilla derecha, haciendo que diera un respingo y moviera la mano: la bota de pescar se cayó de lado.

Estaba vacía.

—Dios mío —sollozó, poniéndose en pie torpemente y luego encorvándose para recuperar su arma—, tanto esfuerzo para nada.

Porque sabía, lo supo incluso antes de mirar a su alrededor, que no vería a nadie en las inmediaciones ni encontraría nada fuera de lo común bajo la casa.

En ese momento reapareció la luna, liberándose del abrazo de una nube, y su luz fría y constante le confirmó con una sola mirada cuánta razón tenía: aquel lugar estaba totalmente desierto. Y cuando oyó una especie de tos se volvió a tiempo de ver a un enorme cocodrilo deslizándose al estuario desde un cenagal cercano.

—Cabrón —dijo con un hilo de voz, e intentó reírse.

Pero no lo consiguió, porque en su cabeza aún la veía claramente: el pelo aparentemente torcido como una peluca, los senos caídos en vez de erguidos. Quizás la pesadilla no había terminado, tal vez no había hecho más que comenzar.

“¡Tonterías! —se dijo a sí mismo, empezando a subir los peldaños de madera que llevaban al porche— Va siendo hora de que dejes de imaginarte cosas. Será una conmoción cerebral. Nada más. ¿Me oyes?”.

Abrió la mosquitera mucho más animado. Primero iría a buscar un cubo de agua fría y se lo arrojaría por encima, luego le encendería uno de sus cigarrillos. Ah, no, estaba bien, estaba perfecta: acababa de encender una cerilla para prender una nueva vela.

O eso imaginó él durante una milésima de segundo, al ver una repentina llamarada en la habitación donde la había dejado. Una llamarada repentina que al instante se convirtió en una claridad cegadora, llena de partículas volantes de cristal, madera, aparejos de pesca, ropa sucia, colchón, hueso, tejido humano y una enorme cantidad de sangre que no era la suya.

La explosión se oyó a más de veinte millas de distancia.

EL TENIENTE TROMP KRAMER de la Brigada de Homicidios y Robos de Trekkersburgo no estaba de humor para enfrentarse a quince cabezas de ganado cafre amodorradas. Así que en lugar de frenar y esperar a que se apartasen tranquilamente del camino de tierra que tenía delante, se desvió adentrándose en el *veldt* para rodearlas, perdiendo de paso un tapacubos.

—¡Hombre, teniente! —protestó el sargento Bokkie Maritz, dándose contra el salpicadero— Por favor, recuerde que este coche ha sido reservado a mi nombre.

—No lo olvidaré, Bok —contestó Kramer, acelerando sobre la tierra ondulada y machacando los amortiguadores sin piedad.

—Es que es casi un coche nuevo —añadió Maritz.

—Cierto —dijo Kramer— ¿Te queda algún caramelo de esos?

Antes no conocía aquellos caramelos de azúcar cande —tampoco había tenido antes un compañero propenso a marearse en el coche—, pero empezaban a gustarle, sobre todo ahora

que se había quedado sin cigarrillos. Esa era una de las penalidades a las que debía enfrentarse cualquiera que viajara por Zululandia: podían pasar hasta treinta millas sin que apareciera una simple tiendecilla.

—Ya sólo queda un caramelo —reveló Maritz de mala gana—, y la verdad es que empiezo a sentirme un poco mareado otra vez, así que...

—No te molestes en quitarle el papel, puedo hacerlo yo solo, gracias —interrumpió Kramer, alejando una mano del volante.

—¡No, ya lo hago yo! —exclamó Maritz, arrancando el envoltorio a toda prisa antes de pasarle el caramelo.

Kramer se echó el dulce a la boca, lo mordió con fuerza una sola vez y se lo tragó.

—Peor que un perro —musitó Maritz.

—¿Qué has dicho?

—Nada, teniente, nada. Pensaba en lo feo que es este caso. Según el coronel Du Plessis, Maaties Kritzinger sólo tenía...

—Bok ¿no te dije que no quería hablar del caso?

Maritz asintió.

—Sí, pero no puedo evitar...

Kramer lo distrajo tirando del freno de mano según entraban en la siguiente curva, por encima de un río enorme y marrón, lo que hizo que el Chevrolet patinara hasta quedar atravesado en medio del camino.

—¡Jefe! —gritó Maritz.

—Ya lo veo, ya —contestó Kramer.

NO LE QUEDÓ MÁS REMEDIO que volver a empezar el comunicado oficial que intentaba redactar de memoria:

Estimado coronel Du Plessis:

Aun a pesar de que sólo hace veintitrés días que fui trasladado desde Bloemfontein a su División de Natal, ruego me conceda un nuevo e inmediato traslado. Nunca, durante mi experiencia como miembro del Cuerpo de Policía de Sudáfrica, he encontrado inútiles más grandes que usted y su pandilla de lameculos descerebrados. En cuanto a Trekkersburgo, ¡sabe Dios qué imaginaron nuestros antepasados que conseguirían al luchar contra los ingleses para hacerse con ella! Creo que vivir tres semanas en Trekkersburgo debería convertirse en la nueva condena por abusos a menores.

De momento le gustaba, aunque quedaran algunos detalles por pulir, y más le iba a gustar ver la cara de Du Plessis al leerlo.

¡Cabron!

Sin ser consciente de ello, Kramer había recordado la imagen del coronel tal y como lo viera aquella mañana a las cinco y media: rascándose el trasero junto a la gran ventana de su despacho en la comisaría central de la División.

—¿Sí, coronel? —había preguntado Kramer, entrando sin llamar —¿Cuál es el problema, aparte de que algún estúpido inútil haya despertado a mi patrona para decirle que usted quería verme aquí manos a la obra?

Du Plessis se había dado la vuelta y su pescuezo arrugado emergía como el de una tortuga por el enorme cuello de la guerrera de su uniforme.

—¡Hombre, teniente! —dijo zalamero— ¡Qué detalle haberse dado tanta prisa! Al pobre capitán Bronkhorst le preocupaba

que no se adaptase usted a nuestras costumbres, pero su rapidez excluye cualquier queja. Prontitud es lo que yo pido a mis policías. Eso y lealtad, por supuesto. Lealtad y prontitud.

—Sí, ya, pero ¿por qué me ha hecho llamar? —preguntó Kramer, que empezaba a ponerse tenso en presencia de aquel payaso. Daba la impresión de que Du Plessis, más que un detective de homicidios, lo que necesitaba era un fiel spaniel con un maldito despertador.

—¡Malas noticias! —contestó Du Plessis, poniéndose serio de repente y abandonado la ventana para sentarse detrás de su enorme escritorio— Muy malas noticias —repetió, hundiéndose lentamente en su asiento de una forma que a Kramer le parecía dictada por las hemorroides— ... de lejos —añadió Du Plessis, haciendo una mueca de dolor mientras su peso se aposentaba.

—¿Muy lejos? —preguntó Kramer.

Du Plessis sacó un expediente marrón de su fichero.

—De Jafini, en el norte de Zululandia —le dijo—. Se ha cometido un doble asesinato a unas quince millas al Este de allí, en un lugar llamado Fynn's Creek. Dos adultos blancos, hombre y mujer. Parece que usaron un artefacto explosivo. El motivo aún no se conoce.

—Ya. ¿Cuándo?

—Pasada la medianoche. O a las doce horas y dieciocho minutos de esta madrugada, para ser exactos, porque fue entonces cuando el jefe de la comisaría de Jafini oyó una fuerte detonación y salió a investigar. Hasta las cuatro y diez no fue capaz de localizar el lugar de la explosión, y para entonces...

—Sí, pero aún no me ha dicho por qué es una noticia tan mala, coronel —interrumpió Kramer, impaciente a causa de tantos detalles— ¿Conocía personalmente a los fallecidos o algo así?

—Astuto, muy astuto —murmuró Du Plessis, con una sonrisa tan fugaz como los malos pensamientos de una monja—. Sí y no, creo que es la respuesta a su pregunta. El hombre masacrado de una forma tan despreciable y cobarde era Maaties Kritzinger.

Kramer se encogió de hombros

—¿Y?— preguntó, consciente de que se esperaba de él una reacción mucho más enérgica, pero sin saber por qué.

—El sargento Martinus Kritzinger —apuntó Du Plessis—, jefe de la Brigada de Investigación Criminal de Jafini. Incluso jugó de defensa en la provincia de la que usted viene, el Estado Libre.

—Ah, un poli. Ahora lo entiendo —dijo Kramer—. No he oído hablar de él. ¿Quién era su amiga?

Du Plessis se enfureció.

—¿Un compañero muere cumpliendo con su deber y usted no tiene nada más que decir?

—De momento, no —confirmó Kramer—. Hay muchos policías a los que no les confiaría ni un gato cojo, así que procuro no prejuzgar.

—¿Prejuzgar? —repitió Du Plessis, y tragó con fuerza antes de reír entre dientes— Sí, ya me había dicho el capitán Bronkhorst que tiende usted a ir por libre. Pero créame: Maaties Kritzinger era uno de los mejores. Es más, no recuerdo ni una sola vez en la que no me trajese un buen pedazo de venado cuando visitaba la comisaría central, fuera cual fuese la estación. Y una vez trajo una caja entera de mejillones que había arrancado él mismo de las rocas.

—¡Caramba, coronel!

—Exacto. Como he dicho, uno de los mejores. Es una pena que ya no puedan verse las caras, así comprobaría lo buena persona que era.

—Nos veremos las caras, pierda cuidado, señor —dijo Kramer—. ¿En qué depósito está?

—No, no, yo me refería a conocerse de verdad —Du Plessis estiró su cuello de tortuga y levantó un dedo acusador—. Y sí que prejuzga usted. Ese comentario acerca de su “amiga” no venía a cuento. Por Dios, hombre, el tipo estaba casado y deja cuatro criaturas, y su viuda es la viuda de un policía. Es un caso tan terrible que voy a organizar una colecta.

—Entonces ¿quién era la mujer blanca? —preguntó Kramer.

Du Plessis repasó sus notas.

—Annika Gillets, esposa del guarda de caza de Fynn’s Creek —contestó—, que estaba ausente en aquel momento. Hans Terblanche, el jefe de la comisaría de Jafini, sigue intentando ponerse en contacto con él para contarle lo ocurrido.

—Tal vez ya lo sepa, coronel.

—¿Cómo? ¿Se refiere al marido?

—Sí. ¿Cuántos años tenía Annika?

—Acababa de cumplir veintidós, como mi... ¡Ah, no! Vuelve usted a las andadas. Escúcheme bien y métase lo que le voy a decir en la cabeza: Maaties murió en el cumplimiento de su deber, como ya le he dicho. Nada de ñaca-ñaca. ¿Entendido? Además, su cuerpo apareció a millas de distancia y con el arma aún en la mano.

—Nada de ñaca-ñaca —Kramer repitió, tan serio como le fue posible, añadiendo la expresión a su pequeño repertorio de “coroneladas”—. Vale, pero ¿a cuántas millas apareció su cuerpo? Porque debió de ser una explosión impresionante si...

—¡Sabe usted muy bien lo que he querido decir, teniente! Ella estaba en el interior de la casa y Maaties en el exterior,

acercándose con la pistola en la mano, obviamente consciente de que...

—¿Estaba solo? —preguntó Kramer.

—Por supuesto, Maaties siempre trabajaba así.

—¿Ni siquiera se llevaba a un negro?

—Nunca. Maaties decía que un bantú siempre daba más problemas que apoyo. Además, hablaba la lengua zulú con fluidez, así que no lo necesitaba.

—Ya —murmuró Kramer.

—¿Se atreve a criticarlo? —exigió saber el coronel Du Plessis— El capitán Bronkhorst dice que usted también es un solitario, y que ni siquiera acepta trabajar con compañeros blancos, a menos que se le obligue. ¿Qué clase de actitud es esa?

—Verá, es que hablo afrikáans e inglés con fluidez, coronel —contestó Kramer, sacando un pitillo de la cajetilla de Lucky Strike que guardaba en el bolsillo de la camisa—. Así que, como usted dice, no lo necesito.

—Espero que no se le ocurra encenderlo —dijo Du Plessis muy serio—. En mi despacho está terminantemente prohibido fumar. Soy miembro del consejo de mi parroquia.

—Bueno —dijo Kramer, colocando el cigarrillo en la comisura de su boca—, pero como estaba a punto de decir, parece que...

—No, como *yo* ya había empezado a decir, teniente, he decidido enviarle a Jafini para que se haga cargo de esta investigación. Ya es hora de que sea consciente del alcance de esta División. Además, me complace comunicarle que el capitán Bronkhorst valora mucho su capacidad deductiva.

—¿Cómo? —exclamó Kramer, que llevaba tres semanas en Trekkersburgo aburrido hasta la muerte de investigaciones ruti-

narias que no precisaban capacidad deductiva alguna— Me deja asombrado.

—También valoro la modestia en un policía —dijo Du Plessis, mostrando su dentadura postiza—. Cuando llegue a Jafini le informarán de todos los detalles, así que no le entretengo más, aquello está bastante lejos. Bokkie Maritz le está esperando en el aparcamiento con un coche.

—¿Bokkie, coronel? —preguntó Kramer— ¿Qué pinta ese inútil en todo esto?

—Lo envió como ayudante, por supuesto. En Pretoria querrán que el papeleo se mantenga al día, y mientras uno se ocupa de eso, el otro podrá salir a...

—Pero Maritz es un payaso, coronel —objetó Kramer mientras encendía una cerilla—. Lo que menos falta me hace es que...

—Teniente —interrumpió Du Plessis mirando fijamente la llama de la cerilla—, Bokkie Maritz lleva ocho, nueve años trabajando a mis órdenes sin problemas. No permitiré que se cuestione mi criterio, y menos aún que lo haga alguien que no lleva aquí ni cinco minutos.

—A eso me refería, coronel. ¿Por qué...?

—¿Ha oído lo que le he dicho? Aquí no se puede fumar.

Kramer asintió, observando cómo se quemaba la cerilla y la llama se acercaba a sus dedos.

—Pero ¿por qué me envía a mí si tan novato soy? ¿Por qué no alguien de más rango, que conozca mejor la zona y...?

—Oiga —interrumpió Du Plessis, también pendiente de la llama—, no sé cómo llevaba las cosas su jefe anterior, pero cuando yo doy una orden, espero que...

—Apuesto a que aquí hay gato encerrado —comentó Kramer, mientras la llama casi llegaba a su pulgar—. ¿Tiene el capitán Bronkhorst algún motivo especial para no...?

—¡A usted eso no le importa! —explotó Du Plessis, lanzando una regla a la cerilla, muy enfadado— ¡Apáguela! ¡Apáguela ahora mismo!

—Ya voy, coronel —dijo Kramer, tomando nota de la falta de puntería de su superior y encendiendo el pitillo con la misma cerilla, en el instante en que puso un pie fuera del despacho de Du Plessis.

EL CHEVROLET, que ya había perdido el segundo tapacubos, emprendió otra empinada ascensión. Pero al menos el ganado mayor había dejado paso a las cabras y el cielo se hacía más interesante, repleto de enormes nubes blancas apiladas como almohadas en el almacén de un hospital. Kramer había pasado muchos ratos agradables en uno de esos almacenes en Bloemfontein, confraternizando con una enfermera en prácticas que nunca le había dicho su nombre y que no llevaba ropa interior. Estaba sorprendido de lo mucho que se acordaba de esos detalles desde su traslado a Trekkersburgo.

La ciudad que vivía con las piernas cruzadas.

—Dime, Bok —habló de repente— ¿dónde crees que habrán llevado los cuerpos? En la pradera no suele haber depósitos de cadáveres, bueno, al menos que yo sepa. ¿Y a un hospital?

Bokkie Maritz asintió.

—Sí, es probable que a un hospital. Seguramente al de alguna misión.

—Vaya, estupendo —comentó Kramer.

—¿Ahora ya podemos hablar? —preguntó Maritz con prudencia— Es que pensé que querría conocer todos los detalles sobre el pobre Maaties.

—Uno de los mejores, Bok.

—Así que eso ya lo sabe. Sí, sin duda, uno de los mejores.

—¿Y?

—Siempre estaba riéndose, gastando bromas. Cuando se despedía para volver a su casa, tenía a todas las mecanógrafas de la central muertas de risa.

—¿Me estás diciendo que era un mujeriego?

—¡Claro que no! Les caía bien, nada más. Les enseñaba las fotos de sus hijos y cosas de esas.

—¿Qué clase de mujer tenía? ¿De las guapas?

—¿Y cómo quiere que lo sepa?

—¿No estaba en ninguna de las fotos que enseñaba por ahí? Maritz frunció el ceño.

—La verdad es que no recuerdo ninguna —admitió.

—Ya —dijo Kramer—. Mira.

Acababan de llegar al punto más alto de su camino y a sus pies se extendía una enorme y verde llanura, casi en su totalidad dedicada a la caña de azúcar. Tanto verde resultaba artificial en comparación con los paisajes áridos, del color del pan, a los que Kramer estaba acostumbrado, y le hacía pensar en ese moho que se rasca con un cuchillo.

—Eso debe ser Jafini, allá lejos, a la izquierda —exclamó Maritz, señalando una mancha de humo situada a cierta distancia, al Norte—. Vaya, hemos tardado muy poco. El coronel se quedará impresionado.

—A la mierda con él, para empezar —dijo Kramer.

3

MENOS MAL QUE LOS FRENOS del Chevrolet eran tan precisos como el mecanismo del ancla de un acorazado. Sin ellos habría sido muy fácil pasarse de largo un lugar de mala muerte como Jafini. Aparecía y al momento ya no estaba: una visión borrosa de vulgares escaparates que terminaba junto a la comisaría de Policía, un edificio de ladrillo rojo y tejado de hojalata, visible a medias tras un elevado seto de espina santa, con una descolorida bandera sudafricana colgando marchita de un mástil raquítico en su jardín delantero.

Maritz, al que los frenos pillaron desprevenido, acabó temporalmente encajado bajo el salpicadero.

—¡Teniente! —gritó— ¿Qué ha pasado? ¿Ha salido corriendo algún niño y se ha puesto delante de nuestro coche?

—Cigarrillos —contestó Kramer—. Tú sigue que yo voy enseguida.

Y se bajó del Chevrolet para mirar a su alrededor. La única calle de Jafini parecía contar con una docena de negocios,

casi todos regentados por indios. Había también una panadería y una sucursal insignificante de Barclays Bank que sólo abría los martes y los jueves, además de una pequeña iglesia anglicana de ladrillo rojo. Un par de lejanos surtidores de gasolina sugerían que Jafini podría presumir de tener un taller mecánico, pero por si acaso no estaba dispuesto a apostar por ello.

Cruzó la carretera a grandes zancadas y entró en el almacén Bombay, aspirando con fuerza. A Kramer siempre le habían entusiasmado los olores acogedores y hormigueantes de los colmados —hasta los once años la única clase de tienda que había conocido—, y seguía maravillándose ante la asombrosa y alucinante variedad de lo que contenían. El almacén Bombay no lo decepcionó. Había de todo: faroles, máquinas de coser, metros y metros de tela barata en grandes rollos, arados y radios a pilas, además de nueve variedades distintas de sardinas en lata. En el atiborrado estante de los cigarrillos y el tabaco de pipa vio, por primera vez en muchos años, los pequeños sacos de algodón con la picadura que su padre había fumado en exceso, tan tosca que llevaba tallos de la planta. Estaba bien aquella picadura: le había proporcionado al viejo cabrón la muerte prolongada, lenta y espantosa que merecía.

—¿Qué desea, señor? —preguntó dubitativo el tendero indio, por encima de los tocados de las mujeres zulúes con el pecho al aire que estaban en primera fila.

—Lucky Strike, un cartón —contestó Kramer.

El tendero parecía angustiado.

—Ah —dijo Kramer, recordando que el afrikáans, su lengua materna, raramente lo entendían quienes no eran blancos en aquella provincia olvidada de Dios que era Natal, por lo que repitió en inglés—: Un cartón de Lucky Strike. No, mejor que sean dos.

El tendero se retorció las manos.

—¡Será posible, señor! ¡Qué gran suerte! Pero verá, señor, aquí no suelen pedir las mejores marcas, por eso las existencias...

—Déme los Lucky Strike, maldita sea —dijo Kramer—. Tantos como tenga.

Mientras el tendero se apresuraba a entrar en la trastienda, alguien más se unió a la típica cola de paletos que esperan a que les atiendan en silencio. El último en llegar era un zulú de aspecto descarado. Kramer estaba seguro de que lo había visto antes y eso le preocupaba, porque sólo podía haber sido en Trekkersburgo, doscientas y pico millas al Sur. Imposible. Al fin y al cabo, lo que perseguía la ley de pases era mantener a los negros confinados en áreas de reserva bien delimitadas y que no anduviesen paseándose por el país como si fueran sus dueños. Aunque éste sí lo hacía, entrando con aire desenfadado y las manos en los bolsillos, como un maldito gángster de Chicago; y como a los negros no les estaba permitido ver esa clase de películas, ya sólo eso sugería que podría no ser mala idea investigar al listillo aquel.

Listillo: buen nombre, decidió Kramer, hasta que el pase del tipo le revelase sus datos correctos. No podía medir más de un metro setenta y a él no le llegaba ni al hombro.

—Lo siento mucho, señor, enseguida acabo —el tendero indio emergió para decirle eso y luego volvió a desaparecer.

Kramer observó de nuevo la cola de los que esperaban en silencio, todos salidos del área de reserva local. La mayoría llevaba la ropa vieja de los blancos o, en el caso de las mujeres, lo que ahora se tenía por el atuendo tradicional zulú: un tocado engalanado con cuentas, muchas tobilleras de cobre, toscos

brazaletes también de cobre, una falda con pliegues y —si se molestaban en usar parte de arriba— una sencilla camiseta de tirantes blanca. *Listillo* llevaba una vieja chaqueta de sport puesta del revés para que se viera el forro de raso, y un par de pantalones de montar con solapa de apertura delantera, ya pasados de moda. Como contraste, el negro que lo precedía llevaba un traje a rayas de abogado elegante —o de verdugo público, ya puestos, que Kramer lo había visto una vez— y un par de enormes botas de rugby. Esa era otra: a diferencia de todos los demás en la fila, el calzado de *Listillo* era el único que parecía de su talla, aunque se trataba de unas zapatillas de tenis baratas, lo cual lo distinguía sutilmente de los demás. También planteaba algunas preguntas interesantes: ¿Qué velocidad alcanzaba *Listillo* corriendo? ¿Con cuánta frecuencia? ¿Por qué?

Listillo se dio la vuelta para observar algo afuera, en la calle, atormentando a Kramer al dejarle ver sólo la parte posterior de esa cabeza alerta, redonda como la bala de un cañón. Deseó con todas sus fuerzas que se girara lo bastante para dejarle ver de nuevo aquel perfil. En contra de lo que decía la mayor parte de la gente que no estaba en la Policía —“Para mí son todos iguales”—, Kramer nunca había tenido problemas para diferenciarlos. Diferenciar a los monos de verdad ya era otra cosa: no se contaba con la infinita variación que proporcionaban el bigote, la barba, el tamaño de los ojos, el mentón, el ancho de la nariz, etcétera. Pero para el ojo experto cualquier tipo de cafre presentaba pocos problemas. Con todo, un simple cogote no era gran cosa y empezó a tener dudas sobre su primera reacción. Se fijó en dos diminutas trenzas hechas con los rizos que crecían sobre la oreja izquierda, pero le chocó que no llevaran cascabeles. Tampoco fue capaz de interpretar esas cerillas de coci-

na amarillas que *Listillo* usaba para mantener abiertos los agujeros hechos en los lóbulos de sus orejas.

—¿Señor? Aquí tiene su generosa compra —dijo el tendero indio, depositando una bolsa de papel de estraza sobre el mostrador frente a Kramer, demasiado cortés para entregársela directamente—. ¿Necesita usted alguna cosa más, señor?

No, así que Kramer le pagó y se marchó, encendiendo su primer Lucky mientras salía y olvidando echar una última mirada a *Listillo*. Pero se dijo a sí mismo que la cosa no tenía importancia, que en el peor de los casos aquel negro sería el primo de pueblo de algún cafre de ciudad.

—¡Teniente! —llamó Maritz, a la carrera camino arriba desde la comisaría, en cuyo exterior estaba aparcado el Chevrolet— Teniente, el jefe quiere saber dónde demonios se ha metido. Esas han sido sus palabras, teniente.

—Que espere sentado: esas son mis palabras, Bok —respondió Kramer—. Después de un viaje tan largo, lo mínimo que puede esperar un hombre es que le dejen echar una meada en paz.

“ESTO SE LLAMA andarse por las ramas —se dijo a sí mismo diez minutos después—. Sí, hay algo muy extraño en todo este asunto de Jafini que aún no consigo entender, y creo que no quiero hacerlo. Sobre todo en lo relativo a qué pinto yo en esto. Pero perder el tiempo no me servirá de nada. Será mejor que me ponga manos a la obra, haga mi trabajo y me largue de aquí, directo de vuelta al Estado Libre”.

Pero aun después de subirse la cremallera, Kramer se demoró, la mirada clavada en el retrete de chapa ondulada con el cartel de SÓLO BLANCOS que había detrás de la comisaría de Jafi-

ni. Observaba el estado en el que se encontraba el suelo. Ninguno de los sólo-blancos parecía preocuparse demasiado por apuntar bien, por eso había cinco charcos diferentes. Por si eso fuera poco, una buena franja del suelo de cemento estaba mucho más oscura que el resto, como si siempre se encontrara mojada, lo cual indicaba una rutina. “Interesante —caviló Kramer—, porque eso sugería una de dos cosas sobre el jefe de la comisaría al que estaba a punto de conocer: o aquel hombre era un cerdo integral, o era demasiado cobarde para insistir en que sus subordinados respetaran un nivel mínimo de decencia”.

“Y apuesto a que sé cuál de las dos es la correcta”, decidió Kramer mientras cruzaba el césped reseco que llevaba a la puerta trasera de la comisaría, donde Bokkie Maritz lo esperaba ansioso.

—El despacho del jefe está por aquí, teniente —dijo Maritz guiándolo.

Un linóleo marrón agrietado cubría todo el largo de un pasillo que discurría entre paredes de color crema rozadas y pintadas de verde hasta la mitad. Del techo colgaban unas bombillas desnudas, con insectos achicharrados pegados a ellas. Donde más gastado se veía el linóleo era hacia la mitad, porque a él se unía en ángulo recto un pequeño corredor lateral. A su vez el corredor lateral daba a una pesada puerta pintada de marrón, con una placa en ambas lenguas oficiales anunciando que la habitación a la que permitía el acceso era el despacho del jefe de la comisaría.

—Es ahí —dijo Maritz señalando.

—Bok, eres inestimable —afirmó Kramer—, pero ¿tienes idea de dónde se ocupa de sus cosas la Brigada de Investigación Criminal?

Maritz asintió algo engreído.

—¡Por supuesto! Tienen dos despachos al otro lado de...

—Pues sal corriendo para allá y empieza a registrar la mesa de Maaties. Quiero un resumen de todos los casos recientes que haya investigado y cuando lo hayas repasado todo con lupa, quiero un informe completo a máquina y por duplicado: uno es para el coronel.

—¿El teniente quiere confiarme semejante tarea? —preguntó Maritz, tan halagado que casi no podía contenerse.

—¿Y por qué no? —fue la respuesta de Kramer, que no imaginaba una forma más rápida y a la vez incruenta de librarse de aquel idiota.

Luego, sin llamar, abrió de par en par la puerta del despacho del jefe y entró a grandes zancadas.

—¡PERO ¿QUIÉN...? —empezó a decir un sobresaltado hombre de cincuenta años vestido de uniforme, mirando a su alrededor y con el auricular de un teléfono pegado a la oreja.

—Kramer, Brigada de Homicidios. ¿Es usted Terblanche?

El jefe asintió, tapando el auricular con la mano.

—Siéntese por ahí, tengo al coronel al teléfono. —Se dio la vuelta y continuó—: Disculpe, coronel. Sí, era él, acaba de llegar. Gracias, lo recordaré, señor.

“¿*Qué* recordará?”, se preguntó Kramer mientras le daba la vuelta a una silla que estaba del revés, se sentaba en ella a horcajadas y miraba a su alrededor. Tres huesos de pollo roídos blanqueaban sobre el único archivador, junto al que se desplegaban unas mugrientas botas de goma sobre una mancha de barro negro y reciente. Medio paquete de galletas se sostenía

en pie junto a un vaso y una jarra de agua turbia, y el alféizar de la ventana estaba lleno de expedientes descoloridos por el sol que desparramaban su contenido. El único sitio limpio y ordenado de toda la habitación parecía ser el fondo de la enorme papelería de mimbre.

Kramer se fijó en que ni el propio Terblanche se escapaba a la norma. El jefe de la comisaría de Jafini tenía pequeñas bolas de pelusa en su pelo de punta y engominado, algo similar se pegaba a los cortes que la máquina de afeitar había dejado en su doble papada, y una raya de gachas de maíz corría granulosa corbata del uniforme abajo. También había una polilla muerta en la vuelta de su pernera derecha, que se veía porque estaba sentado con los zapatos deslustrados apoyados en la esquina de una mesa tan abarrotada que haría falta una excavadora para despejarla.

—Sí, coronel, está todo arreglado —decía Terblanche, y se puso de pie, a punto de cuadrarse—. Muy bien, coronel, he comprendido sus órdenes, señor. Adiós por ahora, adiós.

Mientras lo observaba colgar el teléfono, Kramer preguntó: —¿Qué está arreglado?

—Un alojamiento para usted y su sargento —contestó Terblanche—. Aquí no hay hoteles ni nada parecido, así que les he conseguido un par de habitaciones en casa de una viuda a la que conozco. Estoy seguro de que le gustará. —Luego sonrió con timidez mientras le tendía su enorme mano.— Me llamo Hans, es un placer conocerle.

—Tromp —dijo Kramer— ¿le apetece un Lucky?

—Muchas gracias, pero los prefiero con filtro.

Terblanche acercó un mechero destartado primero al cigarrillo de Kramer y luego al suyo, antes de hundirse de nuevo en su silla con aspecto de estar agotado.

—La verdad es que llevo un día espantoso —comentó fróntandose los ojos enrojecidos con los nudillos—. Acabo de regresar de Madhala, donde tuve que darle la noticia a Lance Gillets.

—¿El marido de la mujer muerta?

Terblanche asintió.

—Es guarda de caza. Y me costó lo suyo encontrarlo, hasta que alguien me dijo que ayer lo había recogido una avioneta en Fynn's Creek porque necesitaban su ayuda en la caza de un rinoceronte para algún zoo norteamericano.

—Ya, ¿y cómo se lo tomó?

—¿Usted qué cree? Mal, muy mal. Annika era todo su mundo. Se volvió loco, lo cual es comprensible. Pensé que tendrían que dispararle un dardo para dormirlo, como a los animales, pero los demás guardas consiguieron encerrarlo en una cabaña y lo tienen atontado a base de ginebra.

—¿A qué hora lo recogió ayer la avioneta?

—No lo pregunté —Terblanche le dedicó una sonrisa cansada, descompensada—. Pensé que los de Homicidios podrían ocuparse más adelante de esos complicados detalles.

—Ese es el espíritu del policía que lleva uniforme.

—Cierto —convino Terblanche, obligándose a ponerse en pie de nuevo—. Y ahora que está usted aquí, dispuesto a ocuparse del caso, será mejor que lo ponga al tanto lo antes posible. Resultará más fácil si lo acompaño hasta el lugar del crimen y le explico la situación por el camino. Después me iré derecho a mi casa, a ver si puedo dormir algo para variar.

En su rostro se reflejó una desolación que Kramer reconoció porque se la había encontrado en unos cuantos espejos: era el aspecto de un hombre que se había esforzado hasta el límite de su resistencia, dispuesto a apretar los dientes y realizar

un último esfuerzo antes de derrumbarse noqueado por el agotamiento.

Aun así, mientras salía del despacho siguiendo al coronel, a Kramer le pareció raro que ni una sola vez, ni siquiera de pasada, hubiera mencionado Terblanche a su colega, el tan llorado detective Kritzinger.